

RAIZA

Se hace camino el andar

Aquí en el Meta, a cualquier mujer transgénero le ofende que le digan él o ella. Pero es que nosotras no podemos andar con la tarjeta, obligando o exigiendo a todo el mundo a primera vista, claro, somos mujeres transgénero, pero si una persona que no entiende el tema me dice "él" o "señor", yo manejo el tema. Cuando me dicen "¡Ah, no!, perdón! ¿Cómo le digo?" Yo les pregunto: ¿Cómo me miras? ¿Mujer? Entonces, llámame ella.

Los hechos victimizantes ya no me producen dolor sino algo como risa. Nosotros hemos aprendido a convertir el dolor en el diario vivir y no recordamos para llorar, sino para resarcir, para sobresalir, y lo mostramos para no seguirse victimizando.

Los actos de violencia empezaron a muy temprana edad. Mi familia es huilense, muy tradicionalistas. Hablo de los años

70, todavía existía la guerra civil de los godos contra los liberales, que se mojaba el dedito y salía rojo o azul, eso era un peligro, porque hubo muchos muertos. Mis papás y mis abuelos cayeron en eso; eran de familia liberal. Las guerrillas de ese entonces les quitaron todo. Yo añoro mucho esas fincas, ordeñar, moler el maíz, tomarse el agua peto cocinado que es delicioso, brillar las ollas con la ceniza de la leña, extrañar ese plato esmaltado que causa



risa, pero con eso nos criamos. Ir a las maracuyeras. Esa fue la crianza.

A nosotros nos tocó salir de la noche a la mañana sin nada, solo con bultos de ropa entre toda la familia. Mis abuelos y mis papás. A mí no me criaron mis padres sino mis abuelos. Mi mamá me dejó al cuidado de los abuelos. A los 3 años, mi mamá fue a la finca y me robó, me llevó para Garzón. Después fueron los hermanos de ella, mis tíos, y me robaron, mi mamá no opuso resistencia y me trajeron, yo era su hijo mayor. Por eso me colocaron Ricardo con el apellido Pérez, me iban a colocar el Arias, pero yo figuro como hermano de mi mamá y mis abuelos como papás.

Mi papá me detestó toda la vida, intentó matarme, me persiguió con un hacha porque era muy evidente mi orientación. Yo fui violada desde los tres años; me violaban tres tíos. Recuerdo que sangraba porque, claro, un pene tan grande y uno tan pequeño. Ellos se me masturbaban encima. Yo tenía tres años, yo me acuerdo tanto. Cuando un acto es repetitivo, y a tan temprana edad, el organismo de uno se acostumbra, lo mira como normal.

Tenía cinco años cuando salimos del Huila, desplazados por la violencia política, y nos vinimos a Villavicencio. Llegamos a una invasión en el barrio 2000, las casas eran en madera. Como mi mamá confiaba en sus hermanos, ellos salían conmigo de la mano y me llevaban para una casa, ahí había otros dos o tres y comenzaban a abusar de mí, me rotaban con los amigos; yo lo miraba como normal. Fue cuando

entré al kínder. Me acuerdo de que mi mamá me peinaba con un gel natural, me enseñó a ser muy delicado, como soy crespa me hacía cachumbos, me hacía los grandes peinados, me hacía mis bolsos de cabuya. Éramos muy humildes, muy pobres, o somos, pero ya tenemos un mejor estilo de vida.

Así supe que quería ser mujer, supe que soy una persona hombre y quiero ser mujer. Y me bauticé Raiza. Después de eso, llega ese acto victimizante que es el primer brote del VIH, el SIDA que nos acarreó mucho problemas, decían que los maricas producíamos esa enfermedad y empezó el acto de violencia. Uno no podía evidenciarse aquí, en Villavicencio, pero a mí se me notaba mucho, yo era muy amanerado.

A los 17 años nos fuimos con mis padrinos y parte de la familia a San Carlos de Guaroa, de ahí una chiva lo llevaba hasta Brisas del Camoa, donde había que coger una quilla y pasar un río, y luego coger caballo para llegar al Alto del Tigre donde quedaba la finca de nosotros. En ese ir y venir a mí me cogieron entre seis guerrilleros. Me golpearon, me violaron, me hicieron de todo; no sé cómo no resulté enferma, sin preservativo. Cuando llegué a la finca mis padrinos preguntaron qué me había pasado. Les conté y les dije que tenían armamento y pañoletas, no eran del Ejército sino de la guerrilla. Y me tocó salir volada de allá.

Saliendo de allá, me cogió el Ejército y me reclutaron, no me dieron la opción. A una intendente le dije: "Mi mayor, yo soy gay, no quiero prestar servicio". Me dijo: "¡Cómo que no, allá lo vuelvo hombre!" Yo usaba ropa interior femenina, me

empelotó y me pasó al frente de 600, 800 hombres. Empiezo otro calvario, porque no me quiso dar la baja. Esa noche intentaron violarme, me pegaron como entre once, yo cogí una tabla de la cama y me defendí, me dieron durísimo, pero no me dejé violar en el batallón. Al otro día le dije a ella y se reía, me ponía de ejemplo "A un maricón de estos yo quiero volverlo hombre". Me hizo el segundo examen. Escogió los mejores 100 y luego en un tercer examen escogió 70, y dijo: "Estos échelos para Leticia". Llegamos a Bogotá, al Batan, y como iba recomendado por ella, que yo era el maricón de la fila, pues allá lo mismo, agarrarme. A los 15 días llegó el avión y nos echaron a 500 hombres para Leticia, Amazonas, donde también llegué con la misma referencia, que era el maricón. Fue insoportable esa vida, me tocó guerrearla mucho y pelearla.

Yo nací en 1970. La violación fue a los 17, me reclutaron en los primeros de enero y cumplí los 18 y los 19 allá, casi a los 20 salí del batallón. Yo nunca he querido declarar pero sí voy a declarar. Todo el mundo me dice que yo lidero los procesos de víctimas, hago parte de las plataformas y hago de todo, "pero usted tiene unos hechos victimizantes".

Antes sí lloré y derramé muchas lágrimas por todo lo que me ha ocurrido; quería morirme por las violaciones y mantenía renegando de mi vida. Sufrí bullying en la escuela, yo mantenía agarrada, que la loca, que la mariquita. Me hicieron la vida imposible; para que me respetaran tenía que agarrarme, hacerme reventar la jeta, entonces ya me decían "La Pérez". A los once años me tomé un veneno. Yo no me hallaba, uno se siente como sucio y más con el

tema de la religión, porque mi familia es muy católica. Me metieron a esos coros de monaguillos, me tuvieron en Benposta, un reformatorio para jóvenes, de muchachos de la calle, para poderme dar estudio y como yo era tan tremendo entonces me metieron por allá y todo eso con la religión. Era travieso. Lo que me hicieran, yo me echaba la culpa, pensaba que era por mi culpa lo de las violaciones. Mi vida sexual empezó a temprana edad, sin querer. Toda esa vaina dentro de la religión era pecaminoso, que uno vivía en pecado mortal, que uno se iba a condenar, que uno se iba a chamuscar. Eso causa mucho daño. Me tomé ese veneno revuelto con pólvora y le eché un polvo blando, empecé a vomitar, a convulsionar y se me fueron las luces. Resulta que no me envenené, me alcanzaron a llevar, me hicieron un lavado y duré como 15 días allá. En el hospital pensaba, pobrecita mi mamá, la abuela estuvo muy pendiente, me amó y me quiso hasta última hora.

Yo me senté, no puedo echar para atrás, me toca vivir, ser gay, tengo que bregar y seguir defendiendo mi orientación y me acepté con más veracidad a partir de los 11 años, tenía que ser lo que era. Empecé a buscar información, porque para ser gay hay que hacer curso, hay que tener coraje y direccionar qué es lo que quiere. Como hemos sido de bajos recursos quedé con el trauma de no haber podido terminar una carrera; yo soy muy inteligente, yo salí con buenas calificaciones de la escuela, pero mi familia no tuvo para darme más sino hasta el quinto de primaria. Para conseguirme una beca me metieron en la Normal, por lo tremendo y la vagancia, no me dieron

más estudio. Yo me metí a estudiar en la nocturna a los 12 años para hacer la secundaria. Yo vendía helados, papas, prensa, para sostenerme. Y en el andar de la vida, cogí la calle y me vendía sexualmente a cualquier persona que me lo proponía, me daba un peso, dos pesos. A los 15 años yo ya había tenido un recorrido sexual terrible, pero para la subsistencia, porque rebuscaba para sostenerme.

Mi mamá siempre supo eso, nunca me dio la espalda. Cuando llegué de prestar servicio le dije a mi mamá: "Yo quiero ser travesti, me voy a vestir de mujer". Mi mamá lo único que me dijo es que ella no me quería ver degenerado, vicioso, ni durmiendo en un parque, ni desechable. Vístase, haga lo que quiera y cuídese, que no vaya a resultar con enfermedades. Mi familia me vetó unos siete años de la casa, no volví, dejé de ver a mi mamá. Cuando ya tenía negocio, tenía peluquería, mi mamá dijo, dígame a Ricardo que venga. Yo no le podía decir a mi mamá que me tratara de ella, yo iba donde mi mamá vestida de mujer y con el cabello largo, pero ella siempre era mijo, este es mi hijo. Ella me lo dijo: "El día que me muera quiero verlo como usted vino al mundo". Cuando ella murió, ese día no me maquillé y le dije a mi hermano que me prestara ropa, asistí al funeral de mi mamá como machito, pero me acompañaron muchas mujeres trans de Villavicencio, fueron como 28, me llevaron un arreglo floral porque ya hacía trabajo social y era reconocida.

Nunca me quisieron dar la baja en el Ejército y me cogió el periodo de Cesar Gaviria que era el cambio de horario. Entonces no nos dieron la baja en julio y salimos hasta octubre, pagamos 23

meses de servicio militar. Yo salí con la libreta y hasta última hora tuve un Sargento que me amargó la vida, me ponía el revolver en la cabeza: "Yo detesto los maricas y a usted lo tengo que matar". Cuando hacíamos orden público, nos íbamos 15, 20 días, un mes de la base a pie. Yo tenía que cuidarme. Yo iba con dos pensamientos, que tenía que cuidarme de que el sargento me matara y me pasara como muerto en combate; y yo buscaba el lado para matarlo a él, porque ese tipo me ponía a voltear, me ponía a aguantar hambre, me mandaba al calabozo, decía "Es que usted tiene que decirme que es hombre", yo le decía "Es que yo no soy hombre". Me empelotaba, me dejaba por allá arriba de una montaña, en una piedra 24, 36 horas, gritando "yo soy un hombre". Yo no gritaba, me boleaba bolillo. Una vez en pleno batallón me empelotó y me puso a correr con otro detrás que me iba a chuzar con un banderín con punta para que gritara que yo era un hombre. En el Ejército ese tipo me denigró como ser humano, yo lloraba, no de debilidad sino de ira.

El día que nos dieron la baja, cuando terminó el servicio militar, como estaba en Leticia nos mandaban en avión y ese tipo entregaba las libretas y la libreta de conducta, si no uno no se podía ir. A mí me dejó de últimas y me decía: "¿Qué quiere que haga con esto, hijueputa? ¡Contésteme, loca hijueputa, contésteme! Y si yo la rompo usted no puede abandonar porque no tiene papeles ni cómo irse, y yo la puedo declarar como remisa." Me pateaba y todos en el avión pendientes. Yo ya les había dicho a los muchachos que él quería provocarme, para dejarme. Los compañeros me apreciaban mucho.

Uno de los muchachos llamó a un teniente que me defendió: "¿Qué pasa sargento? Hágase 15 de pecho, ¿quiere que le pase informe? Respete, ¿no ve que él ya es un civil?" Me entregó los papeles y le dije: "Hijueputa, la peor escoria que me he tenido que encontrar es usted, usted me denigró como ser humano y lo maldigo mil veces. A usted le tocará pagar lo que hace con los seres humanos porque usted abusa de ese uniforme". Me subí a ese avión y se acabó esa vida de perras.

Me devolví para Villavo, tenía 20 años. Como no tenía trabajo me puse a putear, a venderme sexualmente. A nosotr@s la religión nos da muy duro, pero los curas son los que más potencializan la actividad sexual, me paraba en el parque central y los curas me pagaban muy bien. Yo entraba a la iglesia a rezar, me echaban ojo, me hacían señas y me recogían en el carro. Duré, así como dos años, conseguí trabajo y me metí a estudiar para terminar la secundaria. Ya había hecho 6º y 7º, me metí a estudiar y en el 96 terminé con mención de honor, en español, la número uno porque soy muy buena para leer, organizar obras de teatro y para análisis literario. Pero nunca pude culminar mi carrera, yo quería hacer derecho, pero nunca pude hacer la carrera. Entonces he hecho tres técnicos: trabajo social, social y salud, y derechos sexuales y reproductivos. Con eso es que me he bandeado y he podido desarrollar el trabajo social.

En el colegio me empecé a vestir, a ser transformista, y a participar en reinados. Hacía shows musicales, me pagaban por eso en las discotecas. Entré a trabajar de chef de cocina, siete años, y en ese trayecto organicé una

identidad como hombre y otra como trans, alisté vestidos, faldas, zapatos. Renuncié en octubre del 98, me dieron la liquidación y con eso me compré la peluquería y dije que a partir de hoy soy una mujer trans. El 28 de octubre de 1998 me liberé de todo. Me cambió la vida. La construcción del ser hombre gay, como Ricardo, desaparece y empiezo una construcción, como Raiza, y los que me trataban como Ricardo no me volvieron a hablar. Nací como Raiza, me tocó hacer nuevas amistades, crear otros vínculos, otra clase de amigas y conocidos. Empecé a documentarme, a liderar la población, desde mi peluquería hacía pinitos, iba a los colegios. Llevo 21 años en eso; hubiera deseado empezar antes, no lo hice por el entorno social y territorial y todo lo que me tocó.

Otro hecho victimizante. Después de los 90 empezamos a liderar acá los procesos LGBTI, nos tocaba hacerlo clandestinamente porque había dos grupos de limpieza que se llamaban "El Guante Negro" y "La Mano Negra". Antes había grupos, culturas, "Los Dangers" y los "Kiss", bandas de hombres y mujeres que defendían cierto territorio, la mayoría de orientación diversa, nos agarrábamos por control del territorio. A raíz de eso crearon los grupos de limpieza. Siguió el brote de VIH. Nos reuníamos clandestinamente ocho personas: dos están exiliados, uno en Chile y otro en EE.UU., cinco están muertos, y quedo yo. A uno que era periodista le hicieron el atentado, se salvó y después dio papaya. Yo creo que lo mató el Estado. "El Guante Negro" y "La Mano Negra" lo conformaban gente el F2 y del DAS. A raíz de eso nos aquietamos un tiempo, pero yo seguía haciendo mis pinitos con Alfredo

y Juan Carlos. Juan Carlos murió y Alfredo se aquietó. Yo volví a renacer en el año 2000. Empecé a trabajar con unos doctores, a hacer brigadas de salud, tamizaje, pruebas de VIH y en 2005 me llaman para ser parte de la corriente política del PDA; en el 2006 me inscribo y empiezo a participar en todas las plataformas por la defensa de los derechos. Llevo 16 años defendiendo los procesos como población, voy para 17.

Muchos me llaman "Madre", es un calificativo que he logrado porque soy esa persona forjadora y formadora de los liderazgos. Soy muy suspicaz y mi Dios me ha dado eso de mirar a una persona y sentir y palpar ese espíritu de liderazgo. Cuando hablo con una persona la voy analizando y le vendo la idea, le digo que si eso le nace empiece a leer, y me dice "No, pero es que yo no sé, es que me da miedo", le digo: "¿Por qué te va a dar miedo?" Y empiezo la formación de esa persona. Los orienta a hacer incidencia, les mando documentos. Les digo hijo o hija y ellos me miran como a una madre formadora dentro de los procesos. Me llaman madre, la madre Raiza, porque los llevo a liderar procesos, los he metido, les he dado responsabilidad y, aparte del proceso social, conozco sus hechos victimizantes, su vida amorosa, su vida familiar.

Yo espero retirarme tranquila y que los liderazgos y los procesos queden. Ya veremos qué nos trae la vida.

